

Fotografía: Mariana Yampolsky. St./sf. Michoacán, México. © Fundación Cultural Mariana Yampolsky, A.C., México.

Aprender/saber en el hacer

Zvi Bekerman

The Hebrew University of Jerusalem | Israel
mszviman@mscc.huji.ac.il

En los últimos 200 a 250 años de historia del mundo occidental, el saber (por lo general asumido como actividad mental cognitiva) ha estado directamente conectado al hecho de enseñar (por lo general asumida como actividad consciente), de tal manera que aquel a quien no se le enseña, no aprende, y, por lo tanto, no sabe. Más aún, podríamos llegar a la conclusión de que el saber está estrictamente conectado no sólo con aprender a través de la enseñanza, sino también con el espacio en el cual la enseñanza ocurre, es decir, la institución en la cual la enseñanza formal se practica: la escuela.

La escuela, esa tecnología desarrollada al máximo por el Estado nacional ante la necesidad de educar a las masas, para que sirvan como obedientes ciudadanos, con la mínima sabiduría, para satisfacer las necesidades de una revolución industrial sedienta de manos que laboren.

El saber aprendido en el enseñar de las escuelas, en la educación universal y gratuita, no es natural, a pesar de que hoy día todos (o mejor, casi todos) la consideramos así. Tan natural nos parece que medimos nuestro saber y lo legitimamos contra patrones/modelos escolares. Éxito en la escuela es, sin lugar a dudas, prueba de inteligencia; mucho éxito es prueba de genialidad. Genialidad, vale la pena recordar, viene de la raíz griega que significa nacer/producir; es decir que es natural a **todos** los humanos.

Tanto éxito ha tenido la tecnología del saber escolar que ha invadido casi todos los aspectos de nuestra vida cotidiana. Tan es así que muchas madres y padres que les leen a sus hijos lo hacen para examinar si han entendido, si han aprendido: ¿de qué color es el vestido de Sofía?, pregunta la mamá al niño, que es recompensado con un abrazo y un beso si responde correctamente. Conocer el cuento es la verdadera actividad, y poner al niño adelante de otros es la meta (más aún adelante del niño del vecino); no se considera como lo central el calor, el consuelo y la seguridad de la voz materna que sostiene la relación de confianza, y sin la cual lo humano no se desarrollaría.

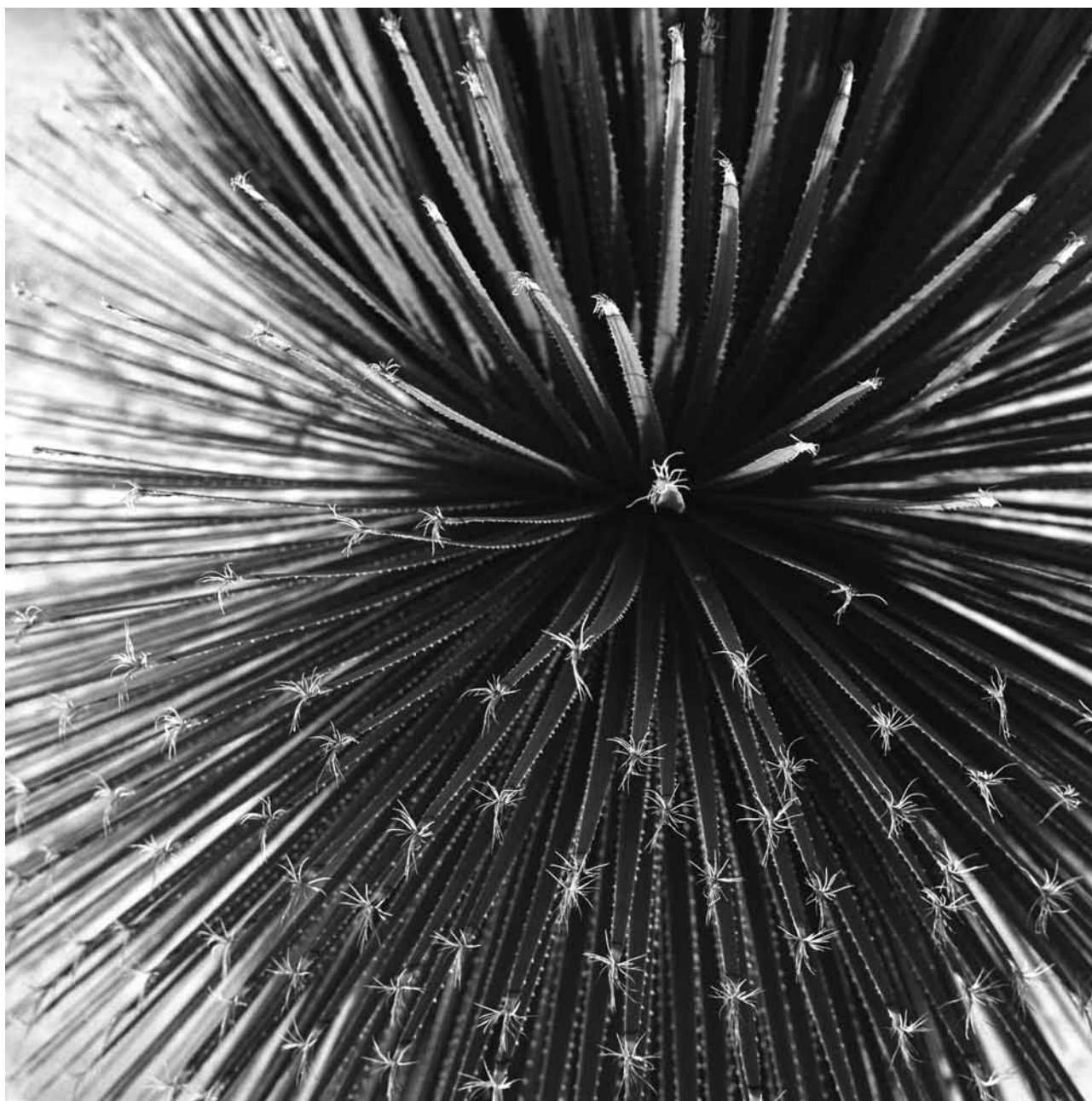
La escuela, en todos sus niveles (primarias, secundarias y terciarias) es aquella institución/tecnología

que legitima el saber a través de un complejo mecanismo expresado en prácticas sociales dirigidas a exponer, dar noticia, documentar y remediar el saber. En la actualidad, los sistemas educativos de las naciones convierten al mundo en occidental, porque hoy en día todo el mundo se reduce a occidente.

Conjuntamente con el desarrollo del Estado nación, la escuela se ha vuelto la más exitosa ideología y tecnología del saber. Las escuelas son los espacios en los cuales se produce la selección y el reclutamiento hacia las amplias estructuras sociales; son ellas las que producen los inseparables pares de directivos y trabajadores —ya que sin uno el otro no puede existir—. Crear estas jerarquías innecesarias del saber implica necesariamente que las escuelas limiten lo que es considerado “el saber” y la forma de exponerlo, y más aún, compitan entre ellas para ser más exitosas que la de junto. El resultado es relativamente simple: aproximadamente 70 años de investigación en educación rinden un solo resultado que atraviesa todos, o por lo menos la mayoría de los sistemas educativos en el mundo: el éxito escolar está directamente relacionado con el código postal, o, en otras palabras, con el ingreso económico de las familias. Ser inteligente (poseer el saber legítimo) está directamente relacionado con el ingreso familiar.

Más aún, ser inteligente, ser genio, tiene que ver con la velocidad. La tecnología escolar mide la velocidad con la que se aprende y con la que se devuelve el saber. Los colegios enfatizan mucho las diferencias en el ritmo al cual los alumnos aprenden hasta el punto de considerar como parámetro para medir el aprendizaje, justamente el ritmo, más que lo aprendido. No crea el lector que pensamos que todos aprenden al mismo ritmo; lo que cuestionamos es por qué “rápido” significa “mejor”.

Mantener un sistema no es fácil; se necesita de mucha ayuda, y de la ayuda de muchos. El sistema educativo necesita del apoyo de ciertos sistemas paradigmáticos y de apoyo disciplinario y, lo más importante, necesita de prácticas sin las cuales no se puede organizar al mundo y todo lo que se parezca a la escuela. Ahondar en esto nos llevaría demasiado espacio, pero al menos quede establecido que el



Fotografía: Mariana Yampolsky. St./sf. Puebla, Puebla, México. © Fundación Cultural Mariana Yampolsky, A.C., México.

paradigma positivista (como está expresado en las ciencias sociales) apoya al sistema escolar al asumir la posibilidad de la objetividad, es decir, sostiene que existe una separación entre quien aprende, quien enseña y lo que se enseña, y por lo tanto asume una lógica simple y unidireccional de causa y efecto (“yo enseño, tú aprendes”).

Siguiendo este paradigma objetivista, la disciplina que más ha conquistado a la educación escolar (o

tal vez la ha producido) es la Psicología, que tradicionalmente ha asumido (sin base empírica) la existencia de un ser, una mente, un yo trascendente e independiente de un cuerpo (algo así como una versión secular del alma del cual el psicólogo es el sacerdote, el rabino o el kadi). Y por si esto no fuera suficiente, la psicología tradicional asume que este individuo independiente de su cuerpo lleva consigo una mente que tiene cualidades propias, es decir, que tiene o no

tiene inteligencia, como si la inteligencia o la estupidez fueran cualidades de la mente del individuo y no, como bien sabemos, producto de la interacción y las condiciones sociales. Así como “se necesitan dos para bailar tango”, así se necesitan por lo menos dos para hacer que alguien sea inteligente o estúpido. La inteligencia y la estupidez no son cualidades de la mente individual sino cualidades del mundo social.

Las prácticas que producen y expresan estas perspectivas en el sistema escolar, y que forman parte de él desde mucho antes de haberse vuelto un sistema de educación universal, y gratuito en muchos casos, son las siguientes: 1) el niño o niña de edad escolar es separado de su familia y quienes le enseñan son extraños (el Estado, a través de la escuela y los maestros/as, se convierte en su nuevo padre y/o madre); 2) la experiencia humana es atomizada a través de la atomización de las disciplinas (la escuela es el único lugar en el cual la matemática existe desconectada de la geografía y la historia desconectada de la física); y 3) el saber escolar es abstraído de la realidad (sólo en la escuela existe el número uno, y sólo allí se habla de valores sin ponerlos en práctica).

Como ya hemos mencionado, los colegios enfatizan y glorifican el ritmo diferencial del aprendizaje hasta tal punto que éste, el ritmo, más que lo aprendido, se vuelve el parámetro para medir a quien aprende. La verdad es que la historia de la humanidad, o la evolución y su desinteresado desarrollo, han hecho que todos sepan mucho y que todos puedan saber todo.

Esta es una verdad simple que surge de otra: todos los humanos son iguales. Preste atención el lector a que digo “son” iguales, y no “tienen que ser” iguales. La segunda opción es la mentirosa promesa de las burocracias nacionales interesadas en mantener, a través de instituciones formales de aprendizaje (escuelas), la desigualdad. La primera opción es una verdad empírica, y dependiendo de la inclinación ideológica/teológica del lector, la verdad. En el caso de la segunda, la educación universal es presentada por el Estado nación como la entrega gratuita al pueblo del medio que conduce hacia la igualdad,

una igualdad que ningún colegio de ninguna parte del mundo ha podido hacer realidad.

Si por un momento pudiéramos abstraernos de las palabras que nos cautivan y reflexionar acerca de nuestra experiencia, podríamos fácilmente desprendernos de la hegemonía escolar del saber. Sabemos bien que lo más difícil (realmente lo más complejo y difícil) que alguna vez hemos aprendido es el lenguaje, mediante el idioma primario/materno. Y lo aprendimos sin que nos lo hubieran enseñado (por lo menos no deliberadamente, no a través de profesionales, ni con una guía curricular). Yo creo que es una suerte que lo hayamos aprendido así. El lector puede imaginarse cómo hubiese sido si el “pequeño” hubiera aprendido el lenguaje primario/materno sentado en un aula con explicaciones, por ejemplo, del significado del ‘verbo’ o del ‘subjuntivo’.

Es interesante constatar que lo más difícil de aprender, aquello que es humano, lo aprendemos todos —sin diferencia de raza, etnia, género, religión o cuenta de banco (que, como dijimos arriba, es mucho más importante que todas las catorce y más inteligencias que nos dicen que existen). Más interesante aún es que a pesar de que todos (salvo un pequeño porcentaje que sufre de alguna deficiencia fisio/biológica al nacer) aprenden el lenguaje materno, es decir, lo más difícil y complicado que puede el humano aprender en su vida, aproximadamente un 50% de los que estudian en colegios fracasan, o por lo menos no son considerados exitosos (vale la pena recordar que sin fracasados no hay exitosos).

Lo que es realmente interesante es cómo se organiza el mundo para que después de que ocurre con éxito el aprendizaje del lenguaje, el resto del aprendizaje no ocurra con tanta facilidad. ¿Cómo ocurre el aprendizaje del lenguaje? Ocurre con una simplicidad que es difícil de entender. Ocurre ante todo porque el pequeño aprendiz entiende a muy temprana edad (al nacer, y hay quienes dicen que desde antes de nacer) que para ser, vivir y sobrevivir hay que comunicar. La necesidad es, al parecer, natural (biológica), y la estructura (las cuerdas vocales y los demás órganos involucrados) que se requieren

para comunicar verbalmente (hay por supuesto otras formas de comunicación) está dada para que esa necesidad sea satisfecha.

También existe aquello que nos rodea (nuestras circunstancias), que implica el habla: la gente habla porque así vive; habla continuamente y sin parar, de todo y con todos, y también le hablan a aquellos que aún no saben hablar, lo cual sirve como modelo a imitar. Pero en el colegio no está permitido copiar. Al colegio le repugna que los alumnos copien porque se considera como opuesto a entender. Como si realmente hubiera algo que entender. Como si realmente cuando éramos niños y aprendíamos el lenguaje materno hubiéramos entendido las palabras y no, como al parecer ocurre, repetimos las palabras hasta que se vuelven funcionales en la realidad que construimos; es decir, nos sirvieron cuando teníamos hambre para pedir y recibir comida o cuando estábamos asustados para pedir y recibir consuelo. Si ponemos la necesidad al lado de la actividad que puede ser copiada tenemos el secreto de aprender/saber: se aprende lo que es necesario en tanto y en cuanto lo practicamos y lo hacemos.

Más aún, es interesante prestar atención al hecho de que los pequeños, al aprender/hacer el habla, cometen errores, desde el punto de vista de las comunidades en las cuales practican estas competencias. Y estos errores a veces son muy apreciados y recordados como cariñosos eventos de la infancia. ¡Qué diferencia con las escuelas, que han desarrollado innumerable prácticas para identificar y enumerar, medir y categorizar los errores! Nos preguntamos, entonces, ¿es acaso posible que aprender/saber no sólo esté relacionado con el hacer, con la necesidad y con la acción de copiar, sino también con la posibilidad de errar sin necesariamente tener que pagar un alto precio por el error? ¿Es acaso posible que el hecho de aprender/saber dependa de necesitar, copiar, hacer, repetir y errar, y todo esto en contextos (del latín *contextum-ui* = entejidos) de confianza y seguridad?

Ahora bien, hay que tener cuidado, ya que lo que hemos descrito arriba es indudablemente una buena expresión de lo que es el saber/aprender pero todavía puede llevarnos a malentender esa relación, pues

hasta aquí pareciera ser una actividad conectada a algo positivo. Pero no siempre es así. El humano, desde el momento en que nace, sólo aprende/sabe en el sentido mencionado, es decir que aprender/saber es sinónimo de vida. Aprender el saber no es una condición humana especial sino que es la condición humana básica. Todos aprenden todo (lo que copian, hacen y practican) siempre. Nuestro gran problema es que tenemos la mala costumbre de conectar el aprender/saber con una perspectiva particular, con conceptos normativos e ideológicos. He escuchado a algunos maestros decir que sus alumnos “no aprendieron nada”. Conociéndolos de cerca, como colegas de mi universidad, he estado a punto de decirles “yo sería feliz si no hubiesen aprendido nada, lo que realmente me duele es que al ser humanos, también aprendemos aquello que yo asumo como malo: lo que ustedes ‘enseñan’” (estos colegas eran psicólogos, profesores del Departamento de Educación).

Otra característica del aprender/saber escolar es que la extensión y sobrevivencia del saber depende directamente de que sea medido, examinado y clasificado. En el momento en que el Estado, la verdadera fuerza detrás de la escuela, examina, mide y califica lo aprendido/sabido, esto puede tranquilamente ser olvidado. Todos hemos vivido esta experiencia a lo largo de 12 años de estudios escolares, cuyos contenidos son fácilmente olvidados año tras año y si no, muchas veces será la educación terciaria la que trabajará con vehemencia para que los olvidemos. Más aún, el proceso estatal de legitimación del saber ha llegado a tal punto que hoy día las profesiones prácticas como Derecho y Medicina se enseñan principalmente como teoría en las universidades, de tal manera que al recibir el grado nos mandan a hacer el internado o prácticas en escenarios profesionales a hospitales o a oficinas de abogados y al llegar allí muchas veces escuchamos “olvídate de lo que te enseñaron (aprendiste/sabes) en la escuela: aquí hacemos las cosas de manera diferente”. ¿Alguno de nosotros quisiera que lo operara un cirujano recién salido de la escuela? Seguramente no. Preferimos que trabajen y practiquen varios años en hospitales de pobres y que

hasta después lleguen con nosotros, los afortunados, más experimentados.

El papel del Estado consiste en dominar, y la educación lo ayuda a cumplir ese papel. El Estado ha llegado a crear maestrías y doctorados para monopolizar la autorización y la legitimación del saber, es decir, para legitimar la violencia contra la naturalidad del aprender/saber humano. ¿Por qué? Tal vez porque reconoce que, naturalmente, todos los seres humanos son iguales y todos son sabios. La igualdad asumida como fundamento, como punto de partida del desarrollo humano, así como la sabiduría, son peligrosas para el poder hegemónico; son una amenaza para las mentiras que se necesitan para convencer a todos de que el saber es aquello legitimado por los poderosos.

Aprender el saber es la respuesta de la vida, de la biología, a la necesidad, a todas las necesidades humanas, tanto materiales como simbólicas. Se aprende sólo lo que se hace, y también se es lo que uno hace. Los filósofos tradicionales, desde Platón hasta Descartes, han sido excelentes amigos de los poderosos. Las abstracciones que nos ofrecen son un gran placebo para mantener a los poderosos en el poder. De la misma manera que los maestros certificados por el Estado, estos filósofos quieren certificar nuestro saber, quieren legitimarlo en lugar de que sea legitimado por la práctica. ¿Recuerdan la escuela? En ella, por lo general, había una sola forma correcta de llegar a una solución, de entender un texto. Los maestros y filósofos pretendían saber lo que el texto decía mejor que nuestra lectura del mismo texto. Parece que lo que querían no era que entendiéramos el texto, sino que lo entendiéramos como ellos lo entendían. Y para conseguir que nuestro entendimiento fuera el de ellos se apoyaban en lo efímero (es decir, en sus palabras, en la oralidad) más que en lo material, lo empírico de la escritura del texto dado a leer. Los amigos del saber como práctica son amigos

de la igualdad. Los amigos del saber saben que el saber se legitima en las comunidades en las cuales se aplica y que se adquiere a través de copiar, repetir, comparar, hacer y practicar.

La gran y desafortunada victoria de la tecnología escolar es que ha sido tan exitosa que casi todos están convencidos de que pueden o no aprender/saber. Aquellos que dicen que no pueden se lo explican a ellos mismos y a otros a través de sus deficiencias: no son inteligentes, no entienden, etc. Creo que ésta es la gran victoria escolar (la victoria del Estado con la ayuda de los filósofos y los psicólogos) que con su epistemología individualizante y abstracta, y su lógica de simples causas y efectos, ha convencido a quienes fracasan en el colegio de que la responsabilidad no es de la sociedad y sus estructuras, sino de los individuos, por no tener las cualidades mentales necesarias para aprender/saber. No cabe duda de que tanto los que fracasan como los que no, somos co-participes en la producción del fracaso y el éxito: la pareja inseparable que necesita uno del otro para vivir. Los que alcanzan el éxito no necesitan de nuestra ayuda; los que fracasan deben saber que el fracaso conlleva el mismo trabajo que alcanzar el éxito. También el fracaso es aprendido en la práctica y sólo a través de la práctica se puede cambiar.

Todos pueden saber todo pero no en las presentes circunstancias. Hacer avanzar el saber tiene más que ver con cambiar las circunstancias en las cuales el aprender/saber se produce que con cambiar a los individuos, que son los supuestos portadores del aprender/saber. Dicen que el gran pragmatista George Herbert Mead decía que los expertos son malos para la democracia. Me parece que tenía razón. Pongan a un experto en escena y muchas voces se apagarán. El aprender/saber tiene que ver más con los contextos que construimos para que nuestros alumnos habiten que con las cualidades de sus mentes.